

# Discursos pronunciados en la Solemne Investidura de Doctor «Honoris causa» del Exmo. Sr. D. Juan Gil Fernández<sup>1</sup>

## 1. DISCURSO (*LAUDATIO*) DEL PROFESOR DOCTOR DON TOMÁS GONZÁLEZ ROLÁN

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector.

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades Académicas.

Distinguidos miembros de este Claustro Universitario y colegas venidos de otras Universidades.

Miembros del Personal de Administración y Servicios.

Estudiantes pertenecientes a esta Comunidad Universitaria.

Señoras y Señores.

La tradición universitaria exige que la incorporación de un nuevo miembro a su Claustro de Doctores venga precedida por la exposición pública de los extraordinarios méritos que han motivado la decisión del Consejo de Gobierno de la Universidad Complutense de Madrid, bajo la presidencia de su Rector Doctor Carlos Berzosa, de dar su aprobación a la propuesta de nombramiento de Doctor «Honoris causa» a favor del Doctor Juan Gil Fernández, que en su día realizaron de forma unánime el Departamento de Filología Latina y, posteriormente, la Junta de Facultad de Filología.

He de expresar, por ello, mi gratitud a estos órganos colegiados, y de modo muy especial a la Decana de entonces, la Doctora Pilar Saquero Suárez-Somonte, quien con determinación y firmeza, frente a algunos universitarios que, cargados de complejos quedan siempre deslumbrados por todo lo extranjero, supo defender ante el Consejo de Gobierno la oportunidad, o mejor, el acto de estricta justicia que se realizaba al dar su aprobación a la concesión de tan alto grado académico a un eminente investigador español, a un insigne humanista y filólogo, a un verdadero sabio: el Profesor Doctor Don Juan Gil Fernández.

Soy consciente de la dificultad que supone sintetizar en unas pocas páginas su ciclópica tarea investigadora, que ha abarcado los campos de la Historia, del Pensamiento y, sobre todo, de la Filología Clásica, Medieval y Renacentista desde sus orígenes indoeuropeos hasta bien entrada la época moderna, y su dilatada labor docente en la que ha dirigido una treintena de Tesis Doctorales y una multitud de trabajos de investiga-

---

<sup>1</sup> El día 28 de enero de 2008 se celebró la Investidura de Doctor «Honoris causa» del Exmo. Sr. D. Juan Gil Fernández en el Solemne Acto Académico de la Festividad de Santo Tomás de Aquino. El Consejo de Redacción de *CFC(L)* considera oportuna la publicación de los discursos pronunciados en dicho Acto por los Doctores Tomás González Rolán y Juan Gil Fernández.

ción tutelados, que han dado lugar a una internacionalmente conocida escuela filológica sevillana, de la que han salido aventajados discípulos que hoy ocupan Cátedras en la mayoría de las Universidades andaluzas o en muchos de los ahora llamados Institutos de Enseñanza Secundaria.

Así pues, siguiendo los preceptos de los rétores griegos, voy a abordar la *laudatio*, es decir, el elogio o panegírico del Doctor Juan Gil, ateniéndome, si bien someramente, a las siguientes coordenadas: su familia, educación, cultura, condición natural, actividad desarrollada y logros obtenidos, de todos los cuales se derivan sus cualidades y virtudes.

En relación con los tres primeros apartados (familia, educación y cultura) podemos destacar su estrecha vinculación a la Universidad Complutense, en donde cursó su Licenciatura en Filosofía y Letras (especialidad en Filología Clásica), terminando su carrera con Premio Extraordinario, y donde, tras obtener una Cátedra en el Instituto «Beatriz Galindo» de Madrid, ganó una Plaza de Profesor Agregado de Filología Latina, que desempeñó durante tres años, tras los cuales obtuvo una Cátedra en la Universidad de Sevilla y allí ha desarrollado hasta la actualidad su labor docente e investigadora.

Esta vinculación con la Complutense se extiende también a otros miembros de su familia, empezando por el que ha sido su principal maestro y admirador, su hermano, el Doctor Luis Gil Fernández, Premio Nacional de Traducción, flamante y reciente Premio Nacional de Historia, sin duda el más brillante helenista de los muchos y buenos que ha tenido y tiene la Universidad Complutense; y terminando por su padre, el Doctor Juan Gil Collado, Conservador del Museo de Ciencias Naturales y Profesor de Biología en la Facultad de Ciencias de la entonces llamada Universidad Central, quien tras la contienda civil fue sometido a un exilio interior o, si se quiere, a una muerte civil, pues por defender la legalidad vigente y por sus ideas fue condenado a la «sanción de inhabilitación absoluta perpetua para el ejercicio de cualquier cargo del Estado, Corporaciones Públicas y Oficiales, Entidades subvencionadas, Empresas Concesionarias, Gerencias y Consejos de Administración de empresas privadas, así como cargos de confianza, mando y dirección de los mismos, separándole definitivamente de los aludidos cargos» (Sentencia del Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo, expediente 75/00964).

Sé muy bien que la Universidad Complutense, con su Rector a la cabeza, ha hecho un esfuerzo por saldar una deuda de reconocimiento y recuerdo con esos profesores apartados de sus carreras, pero aquí y ahora yo quiero también rendir homenaje a los familiares, en este caso sus tres hijos y su madre, que sufrieron la dureza de esa situación y que, sin embargo, con su esfuerzo, trabajo e inteligencia han conseguido los más altos puestos de la vida universitaria y científica: los dos hijos Catedráticos de Universidad, y su hija Carmen Profesora de Investigación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

En este apartado, no puedo dejar sin citar a su mujer, la Doctora Consuelo Varela, Investigadora del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, quien como el Profesor Juan Gil dice en uno de sus libros, «siempre ha estado a mi lado», ayudándole y colaborando con él en sus investigaciones sobre el mundo de Cristóbal Colón, en el que los dos han alcanzado reconocimiento internacional.

Si ahora nos detenemos, también brevemente, en los rasgos correspondientes a la condición natural, actividad realizada y logros conseguidos por el Profesor Juan Gil, nos va a servir de guía una carta que un humanista italiano del siglo XV, Julio Pomponio Leto, le envía a un español llamado Rodrigo Sánchez de Arévalo, en la que le dice que en el tiempo transcurrido de su vida no le ha preocupado la fama, el aplauso, ni seducido la gloria o el afán de ganancias, porque «nada me mueve, afirma, salvo el gusto por las letras, que es tan profundo, inmenso e insaciable que no sólo me estimula sino que me domina» (*Nulla re moueor nisi litterarum appetitu, qui profundus, immensus, insatiabilis ita est ut non tantum me incitet sed obruat*).

No hace falta decir, sobre todo a los que conocen bien al Profesor Gil, que nunca le ha tentado ni seducido la gloria o el ansia de riquezas, sino el afán por hacer bueno aquello de que nada hay que no se pueda investigar y descubrir (*Nihil est inuestigabile forti*= «Para el valiente nada hay que no se pueda descubrir»)(*Alexandreis*, X,319).

Que su gusto por las letras ha sido profundo, inmenso e insaciable, es lo que ahora intentaremos demostrar.

Se asigna, comúnmente, a la Filología el estudio de las *litterae* (la crítica de los textos, la investigación de su autenticidad, su fijación y establecimiento); a la Filosofía, Historia y Literatura el espíritu que subyace en ellas. Pero es bien sabido que el espíritu no es espíritu sin la letra, o como dijo Goethe: «No conozco peor orgullo que el de quien pretende hacerse con el espíritu antes de haberse familiarizado con la letra».

El estudio filológico que permite familiarizarse con las letras, con los textos, es, pues, indispensable para el historiador, para el filósofo, para el estudioso de la literatura hasta tal punto que ya en 1944 Don Antonio Tovar (*Lingüística y Filología Clásica. Su situación actual*, Madrid, *Revista de Occidente*), maestro de maestros, señalaba la importancia que tiene la Filología para los historiadores de la Antigüedad, y añadiríamos nosotros también de la Edad Media y el Renacimiento, pues afirmaba que «una escuela histórica que se penetre del rigor y el método filológicos no estará de más en España».

Ahora bien, una filología que se quede exclusivamente en las *litterae* y no sepa encontrar su espíritu, puede convertirse, como dejó escrito Friedrich Nietzsche, en su sugerente obra *Nosotros los filólogos*, en una labor de hormigas sencillamente absurda y superflua.

La profundidad que observamos en la obra filológica e histórica del Doctor Gil la entendemos en el sentido de que, ciertamente, se ha preocupado por los textos, por las *litterae*. Pero no se ha quedado en la corteza sino que ha ido al fondo, al espíritu de esas *litterae*.

La filología que encontramos en su obra no es microscópica, miniaturista o rutinaria; no es una parafilología ni una metafilología, sino una filología útil y estimulante porque tiene una orientación bien clara, a saber: la de mirar hacia adelante, la de contemplar cómo el legado de la Antigüedad actúa de motor de nuestra historia, o más bien cómo no ha dejado de haber continuidad entre los antiguos y nosotros.

En la presentación de su monumental obra *Los Conversos y la Inquisición*, publicada en Sevilla en el año 2000, en ocho volúmenes que comprenden nada menos que cuatro mil páginas, los editores se refieren al autor señalando que «confirma

ahora su fama de incansable erudito, para esclarecimiento de una parte oscura de nuestra historia, también ésta es nuestra historia, y enseñanza universal de los males que derivan de la vieja intransigencia».

Al repasar su *curriculum* y observar la enorme cantidad de libros publicados (más de treinta), de capítulos de libros (cuarenta), de artículos en Revistas científicas (ciento cincuenta), de Ponencias en Congresos (treinta y seis), de artículos de divulgación (ocho), de prólogos a libros (dieciocho), de reseñas (treinta y siete), de artículos y reseñas en periódicos (veinticuatro), uno tiene el convencimiento de que sus editores tienen razón, que es incansable a pesar de los muchos esfuerzos y muchas horas de trabajo que ha empleado en una producción que parece sobrehumana y, desde luego, inmensa.

Su rasgo de investigador insaciable le viene de su afán por recorrer extensísimos períodos temporales, desde la época indoeuropea pasando por la Antigüedad Clásica y el Medievo, hasta llegar a la época Moderna, y sobre todo por la riqueza y complejidad de los temas tratados, tanto en griego como en latín.

Si su producción en Lingüística indoeuropea, en textos griegos antiguos y neogriegos, en Latín Clásico, Latín Medieval, Humanístico, Epigrafía es espectacular por su cantidad, no es menos por su calidad.

A lo largo de su fructífera labor científica en los ámbitos citados, ha sido pionero de los estudios de Latín Medieval en España, gran impulsor de los estudios de Tradición y Pervivencia del mundo Clásico, así como introductor de los estudios filológicos del Humanismo Latino; y todo ello sin haber abandonado la investigación en los aspectos centrales de la Filología Latina, como queda demostrado por su importante contribución a la Crítica Textual y al establecimiento de los autores antiguos.

No menos admirable es su labor como filólogo e historiador en temas medievales tan atractivos como los primeros viajes europeos por Asia, al que ha dedicado tres libros: uno sobre Marco Polo (*El libro de Marco Polo anotado por Colón. El libro de Marco Polo traducido por Rodrigo de Santaella*, Madrid, 1987), otro sobre los Viajes a Mongolia en el siglo XIII (*En demanda del Gran Kan: Viajes a Mongolia en el siglo XIII*, Madrid, 1993), y otro sobre la India y Catay (*La India y Catay. Textos de la Antigüedad clásica y del Medievo occidental*, Madrid, 1995). O sobre los mitos de la expansión, a los que ha dedicado tres libros (*Mitos y utopías del Descubrimiento. 1. Colón y su época*, Madrid, 1989; *Mitos y utopías del Descubrimiento. 2. El Pacífico*, Madrid, 1989; *Mitos y utopías del descubrimiento. 3. El Dorado*, Madrid, 1989) y un buen número de artículos, además de otros tres libros sobre temas colombinos en colaboración con Consuelo Varela.

A las minorías religiosas y los problemas de su convivencia en España y en otros países europeos, ha dedicado su atención el Profesor Gil, quien, aparte de los ocho volúmenes ya citados sobre los conversos, ha publicado importantes estudios sobre los judíos y otras minorías, como los mestizos indios o los chinos en España en el siglo XVI, además de interesantísimos trabajos sobre escatología (el fin del mundo, el Anticristo, los terrores del año 800, etc.).

Ha sido también Director de Proyectos de Investigación que han abierto las puertas del *Corpus Christianorum*, publicado por la prestigiosa editorial Brepols, a sus discípulos y a él mismo con publicaciones excelentes de textos medievales. Y no podía

faltar en tan brillante y amplísima investigación el reconocimiento internacional, primero por su Doctorado en la Universidad de Bolonia, con el que consiguió el Premio Luigi Jacopini; en segundo lugar, por la traducción de sus libros a otros idiomas (sus tres libros sobre *Los mitos de la expansión*, traducidos al italiano, y publicados en 1991, 1992 y 1993 en la editorial *Garzanti* de Milán; las *Obras Completas de Cristóbal Colón*, en colaboración con Consuelo Varela, traducido al francés y publicado en París en 1992, y su libro *Hidalgos y samurais*, traducido al japonés y publicado en Tokyo en el año 2000). En tercer lugar, por las conferencias impartidas en América (Harvard, Universidad de California-Los Ángeles, Río de Janeiro, Sao Paulo, Santo Domingo, Guanahaní), en Italia (Génova, Roma), en Alemania (Tubinga, Colonia), Portugal (Lisboa, Lagos), Japón (Nara).

Es miembro del Consejo de Redacción de varias revistas de Estudios Clásicos y Miembro de la Editorial Board del *Repertorium Colombianum* (U.C.L.A.).

Finalmente, como muestra de su proyección social, ha sido Asesor del Pabellón del Siglo XV (EXPO de Sevilla en 1992) y de las siguientes películas: *El mundo de los descubrimientos* (Omnimax); *1492* (dirigida por John Glen) y *Cristóbal Colón* (dibujos animados), además de Comisario de las Exposiciones *Arias Montano y su mundo* (Cáceres-Badajoz-Alcalá de Henares-Évora, 1998) y *Extremadura en sus páginas* (Cáceres-Badajoz, 2005).

Como hemos podido apreciar por su labor investigadora, su proyección internacional y social, la obra del Profesor Juan Gil no es algo que se encuentre en una caverna en la que podamos refugiarnos unos pocos especialistas, sino en una montaña desde la que nos es posible contemplar muchísimo mejor la continuidad de una tradición cultural que arranca de la Antigüedad y que no podemos prescindir de ella, porque su legado ha actuado y sigue actuando como motor de nuestra historia.

Como bien ha señalado José Ortega y Gasset en su *España Invertebrada*, nuestra historia patria se ha venido caracterizando por una secular ceguera para distinguir el hombre mejor del hombre peor, de suerte que cuando en nuestra tierra aparecen individuos privilegiados, no se sabe aprovecharlos, y lo que es peor, se les aniquila.

Cambemos, pues, esta dinámica y reconozcamos que entre nosotros hay una de esas personas privilegiadas, uno de los mejores eruditos y filólogos que ha tenido hasta el momento nuestro país, el Profesor Juan Gil Fernández.

Llegado al final de mi exposición, creo haber demostrado los extraordinarios méritos que concurren en él, por lo que solicito al Rector Magnífico que le conceda el Grado de Doctor en Filología.

## 2. DISCURSO DEL DOCTOR GIL FERNÁNDEZ

Excmo. y Magnífico Sr. Rector, Autoridades académicas, Claustrales, Colegas, Sras. y Sres.:

Decía el poeta Horacio (y como en los clásicos todo es tradición, bueno será que cite sus hexámetros por la traducción libre que hizo de ellos Diego Hurtado de Mendoza):

El no maravillarse hombre de nada  
Me parece, Boscán, ser una cosa  
Que basta a darnos vida descansada<sup>2</sup>.

¿Es ello así? Lejos de mí la funesta manía de criticar a los antiguos, y menos a Horacio, por quien siento genial simpatía. Y, sin embargo, al repasar mi vida, pues un acto de esta envergadura obliga a lanzar una aprensiva mirada hacia detrás, no tengo más remedio que contradecir al dulce poeta otoñal. En efecto, me causa hoy maravilla y extrañeza repasar la multitud de circunstancias favorables que han influido en mi formación, dejándome tan honda como fructífera huella. Las tristes vicisitudes de mi familia tras la incivil guerra han sido glosadas suficientemente por el Prof. González Rolán; pero mi padre –y aquí está el primer motivo de asombro– no me hizo sentir nunca la tragedia que para él supuso su muerte civil, y mucho menos el rencor. Recibí una educación laica en el Colegio Estudio durante unos años en que España estaba sumida en una atónita postración intelectual, salvada sólo por la inteligencia de no pocas brillantísimas individualidades. Conocí lo que eran una colosal biblioteca y unas excelentes librerías de viejo en la Inglaterra de 1956. Cursé estudios (1957-1961) en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid con el más brillante plantel de helenistas que haya habido jamás en nuestro país: un ejemplo de aquellas pasmosas individualidades a que me refería antes. Tuve a los mejores maestros: a mi hermano Luis y a Antonio Ruiz de Elvira. Hice la tesis doctoral en el majestuoso Colegio de los Españoles de Bolonia (1963), un portento de docencia ininterrumpida a través de los siglos. Después, por desgracia, se acabó el largo ensueño y tuve que abandonar muy a mi pesar los *Lehr- und Wanderjahre* y emprender, ya fiado a mis exiguas fuerzas, mi propia andadura vital. Y ahora, cuando ya me encuentro en la sexta edad, al igual que el mundo cristiano, el honor que me confiere la Universidad en la que me eduqué y en la que durante algunos años impartí clases de Filología Latina viene a dar un inesperado espaldarazo a mi *curriculum*, una carrera intelectual de la que me encuentro moderadamente insatisfecho. Hoy me siento casi como el hijo pródigo a quien se mima en especial cuando regresa al hogar, con la salvedad de que yo no he sido nunca pródigo, ni jamás me he sentido ajeno a esta casa que ha sido mi Universidad, ni –finalmente– he acabado de comprender nunca esa parábola evangélica, que me causa cierto repelucó. Huelga decir, por tanto, el profundísimo agradecimiento que siento hacia el Departamento de Filología Latina, que propuso por unanimidad mi candidatura, así como hacia el profesor don Tomás González Rolán, mi generoso padrino, que ha arropado mis escasos méritos con su ciencia y su amistad.

La distinción que se me otorga me sorprende, además, porque yo no he buscado nunca el éxito, ese éxito o ese triunfo por el que tanta gente se pirra. No me tienta la fama (que cedo gustoso a quien la quiera) ni me seduce la gloria que perseguían los clásicos como laurel inmarchitable de una obra imperecedera. Conozco demasiado bien mis defectos y cortapisas para hacerme ilusiones sobre la inmortalidad de mi obra

---

<sup>2</sup> *Epístola a Boscán*, LII (cf. HOR.Ep.I.6.1-2).

filológica: *interitura crede*. Tampoco he sentido jamás la angustia de la competitividad, esa competitividad de la que ahora tanto se nos habla como si fuera la panacea universal. Siempre he sido muy consciente de que hay muchos filólogos mejores que yo, en todo o en parte, acá o acullá, sin que como resultado de esta obvia percepción, por fortuna, me haya corroído la envidia. Me he conformado –y no es poco– con procurar hacer las cosas mejor cada vez, aprendiendo de los demás: la buena rivalidad que preconizaba Hesíodo.

A los de Letras nos han arrebatado todo, hasta los títulos: Doctor es el médico, Letrado el abogado. Las Humanidades se han convertido hoy en una carrera en la que se cursan asignaturas que nada tienen que ver con el Humanismo. Hay una cosa, sin embargo, que no se nos ha podido quitar: la curiosidad, esa curiosidad que hace prender la vocación (vocación es «llamada»: algo nos atrae, nos llama) y que, burla burlando, nos lleva a no conformarnos con lo que dicen los maestros, a plantearnos problemas, a tener un espíritu crítico –la primera virtud del científico–. ¿No era ya un inconformista nuestro Horacio, que no se sentía «obligado a jurar por las palabras de ningún maestro» (*nullius addictus iurare in uerba magistri*)? No sorprende que John Evelyn escogiera esta lapidaria sentencia como lema de la Royal Society londinense, fundada en 1660, en un momento en que la ciencia se alzaba orgullosa para desterrar las viejas doctrinas de Aristóteles y buscaba nuevos derroteros basados en el empirismo, esa vital experiencia cuyas virtudes habían sido los pueblos ibéricos los primeros en reconocer y aplicar a finales del siglo XV.

Tal vez esa curiosidad por todo me haya impedido dedicarme a abstrusas disquisiciones teóricas que, por supuesto, merecen todo mi respeto. En cambio, sí he procurado huir adrede de dos tipos de Filología que me desagradan sobremanera: la que se sume en una Metafilología apta sólo para iniciados y la peor, la que se convierte en una Parafilología, un *parloir* donde sólo se escuchan cotilleos de barbería y banales pelamesas pseudoeruditas. Ahí están los textos, palpitantes de vida, llenos de enseñanzas, repletos todavía de enigmas por resolver. ¿A qué perderse en un intrincado y tenebroso bosque si ya nos encontramos en un placentero y ameno prado, «verde e bien sencido»<sup>3</sup>? La elección a mi juicio no deja lugar a dudas; luego no es ningún azar que buena parte de mi actividad filológica se haya volcado, con mejor o peor fortuna, en la crítica textual, una disciplina que nos obliga a andar siempre a vueltas con los clásicos, que nos enseña a sopesar amorosamente las palabras y calar su verdadero significado, que nos hace atender a las razones de los comentaristas pero sin dejarnos aplastar por el peso de su autoridad, que preserva, en suma, la voz y la memoria del pasado.

¿Para qué sirve la crítica textual y, de paso, el latín y el griego? Dejemos que sea nuestra propia historia quien responda a esa pregunta impertinente que bien podría salir hoy, por enésima vez, de la boca de algún cascarrabias. Una vez firmada la paz del Bidasoa el 8 de noviembre de 1659, los plenipotenciarios de España y Francia se reunieron a fin de fijar las nuevas fronteras que habían de dividir las regiones del Pirineo.

---

<sup>3</sup> Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*, Introd.2.3.

Tal y como ocurrió en el siglo XIX, cuando se trazaron los límites de las nuevas repúblicas americanas, en 1660 las dos partes en litigio recurrieron a los textos históricos en defensa de sus causas respectivas. De esta suerte, si en el siglo XIX fueron traídas a colación las relaciones de los conquistadores, en el siglo XVII la discusión versó sobre lo que decían los autores clásicos y medievales sobre las lindes de la Galia Narbonense y la Hispania Tarraconense. Muy asombrados quedaron los franceses de lo bien que contrarrestaban sus alegatos los españoles, hasta que cayeron en la cuenta de que el conocimiento de los clásicos que tenían sus antagonistas se reducía a los textos latinos o traducidos al latín. Un pasaje de Estrabón<sup>4</sup> que adujeron los representantes de Felipe IV favorecía sus pretensiones territoriales, si se leía en la versión de Guillermo Xylander<sup>5</sup>; pero Pedro de Marca, por la parte francesa, hizo notar, con toda justicia, que la traducción de Xylander estaba equivocada y que el sentido del texto griego era otro; y el mismo Marca acalló en otra ocasión a los delegados catalanes aduciendo textos de Ptolemeo en su lengua original<sup>6</sup>. La fijación de la raya, en consecuencia, fue un acto diplomático, sí, pero también un ejercicio de la más pura Filología, en el que una conjetura del Pinciano a Mela –rechazada claro está por Marca– pudo haber inclinado en un punto la balanza del lado español<sup>7</sup>, si los franceses no hubiesen andado listos. Y, por venir a tiempos más recientes, no ¿fue la historia antigua –y muy en especial los anales de Roma– la que enseñó a Carlos Marx, un clasicista bisoño, lo que era la lucha de clases con la sempiterna pugna entre patricios y plebeyos? ¿Y no estudió el mismo Marx en Epicuro los orígenes del materialismo?

Bien es verdad que los filólogos no siempre hemos gozado de buena fama. Hadriano no perdió ocasión de burlarse de los *professores* de su tiempo, en cierto modo nuestros antepasados, unos individuos tímidos y pacatos que siempre le daban la razón por miedo: como bien dijo Favorino<sup>8</sup>, no era cuestión de llevar la contraria al

<sup>4</sup> *Geogr.* 162 A.

<sup>5</sup> En Pedro de Marca, *Marca Hispanica*, París, 1688, praef. XVI y c. 57. Xylander había traducido *In medio conualles continentur habitationibus opportuna. Eas majori ex parte tenent Cerretani, Hispanica gens*, mientras que, según Marca, lo que Estrabón había querido decir –y había dicho en realidad– era *Tenent illae Cerretani, majori ex parte Hispanicae gentis*; el resto, la Cerdaña, pertenecería a la Narbonense.

<sup>6</sup> Cf. *Marca Hispanica*, praef. VII y sobre todo XVI, tratando de los límites del territorio de Vasconia (cf. PTOL. II 6, 66 [p. 189ss. Müller]), e *ibidem*, c. 44, fijando la frontera de la Narbonense en el cabo del *Templum Veneris* (cf. PTOL. II 10, 1 [p. 233, 10ss. Müller] y II 6, 10-11 [pp. 149-50]), según él (c. 46), el cabo de Creus. Para defender la pertenencia del Rosellón a la Galia Narbonense, Marca (*ibidem*, c. 17) adujo también otros dos pasajes de Ptolemeo: I 10, 6 (pp. 239-40) y II 10, 1 (p. 234, 1-2), introduciendo en el segundo dos enmiendas (Müller acepta la primera [Ἀλιβέριος], sin consignar el nombre de su autor, y considera muy probable la segunda [Ρουσκίνωνος]). El sabio arzobispo francés, que no dudó en admitir otras conjeturas palmarias de Casaubon a Estrabón (cf. I 7, 1 [c. 27]; 14, 8 [c. 74]; II 18, 2 [c. 180]), fue el primero, como veo ahora, en dar con el sentido correcto del famoso *opoppumpeum* de la carta de Wamba (en I 12, 8 [c. 60]), al que me referí, sin darme cuenta de la repetición, en dos ocasiones: «Notas e interpretaciones», *Habis*, 9 (1978) 127 y «Una crux de San Julián de Toledo», *Habis*, 33 (2002) 236-38.

<sup>7</sup> Cf. *Marca Hispanica*, c. 14, 16-17 y sobre todo 41ss. Núñez conjeturó *Templum Veneris et in sinu saluo* en la frase *Tum inter Pyrenaei promunturia portus Veneris in sinu salso* (Mela, *Geogr.* II 84), alegando que ningún autor antiguo ponía en ese lugar *Portus Veneris* (Port Vendres) y trayendo a colación el *Templum Veneris* de PTOL. II 6, 11 (p. 149, 6 Müller). Isaac Vossius (*Observationes in Pomponium Melam*, La Haya, 1668, p. 183) conjeturó –dando la razón a Núñez en cuanto a la vacuidad del adjetivo *salso*– *portus Veneris insignis fano*.

<sup>8</sup> Cf. *SHA*, *Hadr.* 15, 10ss.



emperador, el hombre más docto del mundo pues tenía treinta legiones a sus órdenes. Sin la petulante arrogancia de Hadriano, otros muchos han cubierto de escarnio a los gramáticos, a los que un epigramatista griego, Heródico, tildó de hombres que «zumban en las esquinas» (γωνιοβόμβυκες)<sup>9</sup>. No fue ésa la única tacha que se les puso: en el siglo XVI se criticó mucho la soberbia<sup>10</sup> de unos personajillos que, en el colmo de la audacia, se atrevían a someter a crítica la inspiración divina, proponiendo conjeturas, desechando interpolaciones y hasta declarando apócrifos algunos libros de la Biblia. Por fortuna, nuestro quehacer también ha disfrutado de tiempos de bonanza y hasta de gloria. Para demostrar este aserto no hace falta desempolvar los viejos laureles de la escuela alejandrina ni del Humanismo. En el siglo XIX, otra época cenital de la Filología, el gran Gottfried Hermann pudo componer en nombre de su Universidad una oda alcaica al zar Alejandro de Rusia tras su victoria sobre Napoleón (1814), así como pronunciar un discurso latino para celebrar el tercer centenario de la recepción en Leipzig de la Reforma luterana (1839)<sup>11</sup>, encargos los dos que en la actualidad serían, si no me engaño, absolutamente impensables: ¿entraría hoy en cabeza humana que un rector encomendase a un latinista de su claustro la composición de un himno para cantar las glorias de nuestras tropas o festejar el aniversario de la Constitución? Mas ello no quiere decir que la Filología actual se encuentre en el nadir, sino que, como todas las ciencias, tiene alzas y bajas en su cotización.

La Crítica textual aspira, ante todo, a la precisión dentro de la máxima brevedad. ¿Qué importa que una palabra esté en dativo o en ablativo? Para muchos esta cuestión puede constituir una abstrusa entelequia, un simple pasatiempo de hombres ociosos. Pero la confusión de un caso puede alterar de forma radical el sentido de una frase. En su polémica contra Juan de Hesdin, Petrarca, reivindicando la gloria pasada de Roma frente a una Francia emergente, señaló con toda justicia que una sentencia de Lucano —*humanum paucis uiuit genus*<sup>12</sup>— no significaba, como quería Hesdin, ‘el genero humano vive con poco’, sino algo mucho más terrible: ‘el género humano vive para unos pocos’, es decir, es esclavo de un puñado de personas: el francés había tomado por ablativo lo que no era sino un dativo, por lo que se le había escapado por completo el significado de esa frase lapidaria, cuyo contenido, por desgracia, sigue vigente hoy en día<sup>13</sup>.

Nuestra ciencia, sin embargo, es como todas humana, y por ello falible y finita. La fijación definitiva de un texto es una meta imposible de alcanzar. En caso contrario, sobraríamos todos, para gran regocijo de algún político. Los caminos de la transmisión de una obra son muchos y con frecuencia se entrecruzan de manera inextrica-

<sup>9</sup> Athen. *Dipn.* 222 A.

<sup>10</sup> De esta acusación de Spondan se acordó todavía el dominico Domingo Fernández de Navarrete (*Tratados históricos, políticos, ethicos y religiosos de la monarchia de China*, Madrid, 1676, p.391 a).

<sup>11</sup> *Opuscula*, Leipzig, I, 1827, p. 361ss. y VII, 1839, p.414ss.

<sup>12</sup> *Phars.* 5.343. «Ita in paucorum (hoc est, principum) utilitatem caeteri omnes nascuntur et vivunt», comenta Th. Farnaby. Citó esta frase Juan de Salisbury en su *Policraticus* (I 13, p.63.51 Keats-Rohan), al parecer dándole su sentido correcto: *Sed ignoscas uiro doctissimo rusticanam simplicitatem exprimentis aut quia pauperum uita diuitibus res uideatur exigua, qui humanum genus ut paucis seruiat asserunt institutum.*

<sup>13</sup> Francesco Petrarca, *In difesa dell'Italia (Contra eum qui maledixit Italie)*, 32 (ed. G. Crevatin, Venecia, 1995, p.152ss.).

ble, de suerte que no pocas veces resulta utópico trazar un árbol genealógico claro de los manuscritos, con la subsiguiente inseguridad en la constitución del texto: piénsese, por ejemplo, en las engañosas trampas que nos tienden las *Heroidas* de Ovidio o las *Sátiras* de Juvenal. Por otra parte, si bien la *recensio* es absolutamente necesaria, hay que evitar sus excesos: el rigor aparente y la precisión injustificada. Al presentar el *stemma* de la *Crónica Mozárabe del 754* me contenté con señalar lacónicamente que los códices se repartían en dos familias: lo imprescindible para desechar la filiación unitaria propugnada por Mommsen. Hubiera podido quizás descender a más detalles y rendir el tributo debido a la moda, sugiriendo la existencia de algún hiparquetipo. Pero, ante una transmisión en estado tan ruinoso como la de aquella *Crónica*, ¿quién era el guapo que asegurase cuántos hiparquetipos había habido de verdad? Entonces, ¿a qué aventurar certezas en un campo donde lo que reina es precisamente la incertidumbre?

También el concepto de arquetipo, tan útil en la práctica, es una nebulosa entelequia teórica susceptible de diversas interpretaciones. Una inscripción, que bien podría ser considerada un arquetipo, deja inmediatamente de serlo si se admite que el lapicida se limitó a copiar una minuta; y es probable que a esta minuta la precediera otro borrador, en particular si la inscripción de marras tiene pujos literarios; todo ello, sin contar con el proceso mental previo a la escritura, un proceso que, de suyo, puede ser ya causa de errores. En suma, cada texto es un mundo en sí, y ese mundo particular no admite enfoques simplistas ni deja que el editor llegue siempre a conclusiones de igual calibre: a menudo hay que saber ignorar. La interpretación correcta incluso puede depender de algo tan nimio como la restitución del verdadero orden de palabras: así, creo haber logrado desvanecer algunos galimatías epigráficos limitándome a restablecer la secuencia original del texto (la famosa campanita de Tarragona, la lauda de Rabla), cortando como es debido las palabras (la dedicatoria a Estilicón) o interpretando de manera correcta una oscura serie numeral (la llamada *era...as*). La crítica textual, en definitiva, ayuda normalmente a elucidar problemas muy concretos, tan particulares como inopinados, a los que son inaplicables las altisonantes e inanes teorías generales con que se martirizan desde hace años algunos estudiosos, sobre todo en el mundillo anglosajón. La Filología clásica, la primera por veteranía plurisecular en haber dispuesto de instrumentos de alta precisión, tan exactos y fabulosos que las disciplinas análogas sólo han alcanzado a tenerlos en la era digital, si es que los tienen, ha aprendido a ser más cauta y modesta tanto en sus planteamientos como en sus conclusiones.

El hecho es que en este camino sin fin, en esta cadena interminable, hasta los errores de los sucesivos críticos nos enseñan e instruyen. En la *Odisea* (φ 6) se lee que Penélope, disponiéndose a sacar el arco y la aljaba de Ulises para el torneo de los pretendientes, asió «con su gruesa mano» la llave de la cámara del tesoro. En los demás pasajes de la epopeya la locución «gruesa mano» se aplica a los héroes: normalmente a Ulises, cuando troncha unas ramas o empuña con firmeza una lanza, pero también a Eurímaco, que lanza airado al héroe la pata de un buey, tomándolo por un pordiosero. Pero, ¿no es la casta y recatada Penélope el colmo de la feminidad? En este convencimiento, un lector antiguo sustituyó «con su gruesa mano» (χερὶ παχείῃ) por

«con sus manos» (χερσὶ φίλῃσι), quizá pensando que se trataba de una llave pesadísima a la que fuera preciso sostener con ambas manos, como la que abría la tienda de Aquiles, llave descomunal que tenían que manejar tres hombres normales (Ω 455). No hay tal: «con su gruesa mano» se dice de Atenea en la *Iliada* (φ 403, 424) y de Hera en el *Himno a Apolo* (346). El griego, que no concibe la belleza en una persona pequeña, asocia siempre la hermosura al tamaño<sup>14</sup>; y si Penélope es alta, por fuerza ha de tener asimismo manos grandes, como las diosas; porque los héroes —y, por consiguiente, las heroínas— son iguales a los dioses (ἰσόθεοι, ἀντίθεοι, θεοειδεῖς, θεοείκελοι). En definitiva, hay un Homero para cada época, y los gustos cambian sin cesar, incluso dentro del mismo siglo: por poner un ejemplo significativo, el manido építeo ἄναξ ἀνδρῶν (A 7), dejado sin traducir por Madame Dacier<sup>15</sup>, se convirtió cuarenta años más tarde en un ominoso «Généralissime des Grecs» en la pluma de Rochefort<sup>16</sup>. La ciencia también es esclava de la moda.

Dentro de la crítica de textos me ha atraído desde muy joven lo que algunos, engrandeciendo el oficio, llaman con cierta pompa y misterio arte conjetural, esto es, la forma de enderezar y dar sentido a un texto estragado mediante una corrección propia basada no en una inspiración repentina, sino en el simple uso de la razón, una vez sometidas a un examen detenido las distintas posibilidades de enmienda que se ofrecen: un amplio abanico que abarca desde lo que nos indica el propio contexto o el estilo del autor hasta lo que aconsejan la Sintaxis, la Fonética o la Paleografía. Con malévola sorna Petrarca, haciendo un fácil juego de palabras, llamó *corruptores* a los *correctores*<sup>17</sup>. Si ello es verdad, confieso con cierto bochorno que, de los filólogos españoles actuales, debo de ser quizás el corruptor más empedernido, perverso y depravado. Y como cada cual gusta de mostrar la excelencia de su mester —el tenor dando un do de pecho, el Hércules de feria tensando sus músculos, el prestidigitador sacando un conejo de la chistera—, se me permitirá que yo también, con más modestia y humildad, luzca mis pobres habilidades como quijotesco desfacedor de entuertos textuales, proponiendo *coram uobis* una conjetura, tan nimia y obvia que casi me avergüenzo de presentarla en público ante un auditorio tan selecto.

<sup>14</sup> De ser bajita se quejó la Safo ovidiana (*Her.*15.33ss.): *sum brevis* o, por decirlo en la traducción de Diego Mexía (*Primera parte del Parnaso Antartico*, Sevilla, 1608, f. 230r),

No me desprecies, que si soi chiquita,

En esta pequeñez en que me veo,

Mi nombre buela, crece y se acredita.

El mismo gusto que los griegos tuvo Byron: «I hate a dumpy woman», proclamó despectivo en su *Don Juan* (I 61).

<sup>15</sup> *L'Iliade d'Homère, traduite en françois, avec des remarques par madame Dacier*, París, 1741, I, p.1: «depuis qu'une querelle d'éclat eut divisé le fils d'Atrée et le divin Achille».

<sup>16</sup> *Nouvelle traduction de l'Iliade*, París, 1782, I, p.5: «depuis la querelle élevée entre Agamemnon, Généralissime des Grecs, et le divin Achille».

<sup>17</sup> *Secretum*, I (utilizo la edición de E. Fenzi, Mursia, 1992, p. 132). El juego de palabras es muy antiguo: Plin. *Pan.* 6, 2 *corrupta est disciplina castrorum, ut tu corrector emendatorque contingeres*; Godescal. Saxo, *Opusc. theol.* 9, p.206, 19 *ne forte nimis grauiter offendatur ille corrector, immo corruptor*. La misma expresión utilizó Marca para desechar la conjetura del Pinciano a la que antes hemos aludido: «in ejusdem textus correctione seu potius corruptione» (*Marca hispanica*, 1.9.7 [c. 43]).

Juan Ginés de Sepúlveda<sup>18</sup> habla de la sorpresa que causó a Cristóbal Colón el hecho de que una de las características corporales de los indios –barbilampiños, de color loro y bajitos– fuese su pelo *lenis*. Así se lee en las dos ediciones al uso, la académica y la teubneriana. Ahora bien, *lenis* significa ‘dulce’, ‘moderado’, y no se acierta a ver qué pueda ser un pelo dulce, afable o moderado. ¿Acaso no se expresó bien Sepúlveda, un humanista de latín tan preciso como correcto? Ni mucho menos. Un banal intercambio de letras salva la dificultad. Troquemos –u– y –n– y se obtendrá la lectura correcta: *leuis*, ‘liso’. Es que el primer almirante de las Indias, acostumbrado en sus navegaciones a tratar con negros guineanos de pelo rizado, se asombró y mucho de que los habitantes de las tierras que había descubierto tuviesen «los cabellos no crespos, salvo corredíos»<sup>19</sup>, siendo ‘corredío’ un lusismo que significa ‘liso’: la palabra que tradujo Sepúlveda con el adjetivo latino correspondiente. Justo sobre este detalle de la constitución física de los taínos basó Colón una curiosa teoría antropológica: «Los cabellos no crespos de los indios, mas antes corredíos, me davan a creer que fuese esta tierra temperatísima»<sup>20</sup>, frente al ardor sofocante de la tierra equinoccial, que ennegrecía la piel y ensortijaba el cabello de sus habitantes.

La confusión de –n– y –u– a la que antes aludía, muy común tanto en los manuscritos como en los impresos, hace que se intercambien palabras de tan dispar y hasta opuesto significado como *angustus* y *augustus*<sup>21</sup> y que se truequen las abreviaturas *nsr* (*noster*) y *usr* (*uester*)<sup>22</sup>. No por otra razón textos de autores medievales aparecen afea-

<sup>18</sup> *De orbe nouo*, 1.11.4 *Barbarorum quoque inusitata facies admirationi fuit: imberbium in aetate uirili, colore fusco, statura iusto breuiore, nigra lenique omnium coma.*

<sup>19</sup> Cristóbal Colón. *Textos y documentos completos*, ed. C. Varela, Madrid, 1992, doc. II (p.111: 13 de octubre).

<sup>20</sup> *Textos*, ed. cit., doc. XI (p. 282).

<sup>21</sup> He aquí un ejemplo de un volumen impreso: *rex... neque sub fastigio eminentioris arcus neque per angustioris* (por *augustioris*) *portae sibi destinatae amplitudinem... incessit* (*Historica narratio, de initio et progressu missionis Societatis Jesu apud Chineses, ac praesertim in Regia Pequinesi ex Litteris R. P. Joannis Adami Schall, ex eadem Societate, Supremi ac Regij Mathematicum Tribunalis ibidem Praesidis*, Viena, 1665, p.161); el comparativo se usa también en otras partes de la obra: *quendam augustioris vultus* (p.34), *illud ad commendationem augustius* (p.171), *medium utroque augustius* (p.177), *augustiore... praesentia* (p.184), *augustiore apparatu* (p.244). Otro caso muy notable: el embajador en Inglaterra comunicó a los Reyes Católicos que J. Caboto «fue a buscar la isla de Brasil y las vycindades», según afirma A. Ballesteros (*Cristóbal Colón*, Barcelona-Buenos Aires, 1945, I, p.155); lo que dice de verdad el documento es «las vij ciudades», el viejo mito de los navegantes portugueses (como se puede comprobar en el facsímil publicado en lujoso volumen *Città di Genova*, Génova, 1932, p.83).

<sup>22</sup> En una carta de San Francisco Javier se lee: «todas las cosas necesarias para un oficio de manifestar la fe vemos que nos faltan» (*Cartas y Escritos de San Francisco Javier, anotadas por el padre Félix Zubillaga*, Madrid<sup>3</sup>, BAC, 1979, p.80). Creo evidente que hay que corregir «nuestro oficio» (otra vez se ha confundido *un* y *nro* [*nuestro*]) y «<nro> nos» (la negación ha sido omitida por haplografía). En la misma carta la rara expresión «la cuesta de Guinea» me parece una versión ultracorrecta de «a costa de Guiné»: de la misma manera en el epistolario híbrido hispano-luso de los jesuitas se encuentra también «los pueblos» por «los pobres» (*Documentos del Japón. 1558-1562*, editados y anotados por Juan Ruiz de Medina, S. J., Roma, 1995, doc. 45, 54; 55 [p.421, 422]). En el *Viaje de la China* de Adriano de las Cortes (S. J.) encuentro un error similar a la primera equivocación tratada en esta nota, causado de nuevo por inadvertencia de la abreviatura: «echó la resaca hacia nosotros de uso [*i.e.*, *nsr*, o *sea* nuestro] matalotage una botijilla muy pequeña de vino» (edición de B. Moncá, Madrid, 1991, p.102).

dos por errores palmarios, imprimiéndose «monísimo» y «monicos» donde mejor se hubiera puesto «nouísimo» y «eunucos»<sup>23</sup>; de la misma manera nos enteramos con cierto sobresalto de que Colón llevó a la Española al padre Buil «para entender en la conversión de los judíos», de que Bartolomé de las Casas fue «defensor acérrimo de los miserables judíos»<sup>24</sup>; y, por último, de que había «judíos de junto a Manila»<sup>25</sup> —¡qué gran sorpresa la de encontrar una aljama hebrea a la vera de los españoles, siquiera fuesen ultramarinos!—, casos todos ellos en los que el autor, evidentemente, escribió «indios» y no «judíos»<sup>26</sup>.

El especialista en crítica textual puede prestar un servicio más a la comunidad letrada fuera de su campo habitual de trabajo. En efecto, los grandes escritores castellanos del Siglo de Oro están erizados de dificultades para quien no esté suficientemente instruido en latín y griego. No será ocioso dar otro ejemplo de lo que el filólogo clásico puede aportar en este terreno. Archiconocida es la adaptación en verso que hizo fray Luis del no menos famoso *Epodo* II de Horacio (*Beatus ille*). Sin embargo, el v. 67 ha corrido de molde muchas veces y, por lo general, de forma equivocada, de suerte que varían sobremanera las diversas ediciones a la hora de presentar el texto:

Ansi dispuesto un cambio, y al arado (Quevedo [Madrid, 1631, f. 111r]).

Ansí, dispuesto un cambio, y el arado (F. García [Madrid<sup>3</sup>, 1959, p. 1615]).

Ansí, dispuesto un cambio, ya al arado (A. C. Vega [Madrid, 1970, p. 246]).

Ansí, dispuesto un cambio, y al arado (J. M. Blecua [Madrid, 1990, p. 435]).

Ansí, dispuesto un cambio y al arado (C. Cuevas [Madrid, 1998, p. 318]).

La culpa de esta discrepancia es no haber atendido suficientemente a lo que dice el original:

*Haec ubi locutus faenerator Alfius*  
*Iam iam futurus rusticus,*  
*Omnem redegit Idibus pecuniam,*  
*Quaerit Kalendis ponere.*

«Cuando esto dijo el usurero Alfio, ya dispuesto a ser un labriego, recogió en las Idus todo su dinero y busca en las Calendas invertirlo». Horacio hace hincapié en lo

<sup>23</sup> El primero es un verso de Juan Agraz («presto nos leuantaremos /aquel monisimo día») según se lee en la edición de A. Foulché-Delbosc (*Cancionero castellano del siglo XV*, n° 448, 50 [Madrid, 1915, II, p.208]; bien editado en cambio por Bryan Dutton, *El cancionero del siglo XV*, Salamanca, 1990, I, p.473) y el segundo («delante d'ella e de las dueñas que con ellas ivan venían muchos monicos, que son omnes castrados que guardan las mugeres») procede de la *Embajada a Tamorlán* editada por F. López Estrada (Madrid, 1943, p.186, 34), corregido por M. Á. Pérez Priego, *Viajes medievales*, Madrid (Biblioteca Castro), 2006, II, p.161.

<sup>24</sup> Los dos incomprensibles errores se encuentran en D. Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Madrid, 1796, III, p.168.

<sup>25</sup> Adriano de las Cortes, *Viaje de la China*, ed. cit., p.98.

<sup>26</sup> Una falta semejante cometió A. de Ulloa al poner en italiano las *Historie* de Hernando Colón: donde el original decía «judíos» (y así había escrito C. Colón [cf. C. Varela, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, doc. LIII, p. 445]), Ulloa leyó «jndios» y, en consecuencia, tradujo «indiani» (cap. IV [I, p.26 ed. R. Caddeo]).

que está a punto de suceder, mas no sucede, reiterando el adverbio: *iam iam*. Salta a la vista que ese *iam* decisivo no se le pudo haber escapado en la traducción a fray Luis; así lo advirtió certeramente Vega, pero colocando mal la coma y haciendo «al arado» complemento directo de «loava», como piensan al parecer los demás comentaristas, en sintaxis imposible. En conclusión: a mi juicio, hay que editar los versos de la siguiente forma:

Ansí dispuesto un cambio ya al arado  
Loava la pobreza.

«Un cambio» vierte a *faenerator*, «ansí... loava la pobreza» a *haec locutus* y «dispuesto ya al arado» (i.e., dispuesto a arar) a *iam iam futurus rusticus*<sup>27</sup>. Lo más notable del caso es que ésa había sido la vulgata de fray Luis, al menos desde mediados del siglo XVIII<sup>28</sup> hasta la edición del padre J. Llobera<sup>29</sup>. Después vinieron tiempos más críticos y eruditos y los editores se quemaron las cejas revolviendo polvorientas bibliotecas y colacionando recónditos manuscritos. Pero, según prueba este caso, la ciencia, al menos en Humanidades, no avanza siempre en derechura y hasta el crítico más pintado se equivoca. Mas ahí estriba también la grandeza de la Filología, tan respetuosa con sus mayores porque, generalmente, su obra no tiene fecha de caducidad.

Hora es ya de terminar. Mas no quiero poner fin a mis deshilvanadas palabras sin antes referir un lance inopinado que ha venido a reafirmarme en mi vocación. Iba un día por la calle Sierpes, contra mi costumbre, cuando salió a mi encuentro un ilustre colega, Egidiomástix. Tras lanzar una mirada torva a los papeles que llevaba bajo el brazo, «¿Qué estás escribiendo? ¿Alguna nadería de las tuyas?», me preguntó entre sarcástico y desdeñoso. «Así es», balbuceé contrito. Quiso entonces fulminarme con un sermón sobre la evidente futilidad de mis afanes y la no menos palmaria utilidad de los suyos. Fortísimo era el aprieto y la situación desesperada: mi contrincante, creciéndose cada vez más, no me daba respiro, mareándose con los nuevos hallazgos de su hermética jerigonza; y ya me faltaba el aliento y se me nublaba la vista, cuando de repente me salvó Apolo, arrebatándose en espesa niebla y llevándose fuera de la desigual liza para siempre. Sin duda, hallaron gracia ante el Pitio intonso «il lungo studio e il grande amore»<sup>30</sup> que, desde pequeño, profesé a las Letras de la Antigüedad. Y así, libre ya, pero no ajeno a las borrascas universitarias, sigo y seguiré con mis estudios y lecturas, buscando permanente reposo y alivio en los clásicos y en los hijos y los nietos de los clásicos, espero que por los años cabales, pero ahora bajo la protección del dios del arco plateado.

<sup>27</sup> La misma falta, si es que falta puede llamarse esta contracción vocálica, se encuentra en Tirso, *El burlador de Sevilla*, I 667: donde las ediciones antiguas traen «un hidalgo y anegado», las modernas corrigen «ya anegado».

<sup>28</sup> *Obras propias i traducciones del Latín, Griego y Toscano, con la parafrasi de algunos Salmos i Capítulos de Job. Su autor... frai Luis de Leon*, Valencia, 1761, p.169.

<sup>29</sup> *Obras poéticas del maestro fray Luis de León*, Cuenca, 1932, II, pp.417-18.

<sup>30</sup> Dante, *Inferno*, I 83.

Y como el más apropiado colofón de mi discurso quiero volver a la tradición clásica, tal como hice al principio, pero arreglándola ahora un poco para la ocasión. Un verso de Mimnermo, provisto convenientemente de un final apócrifo, reza así<sup>31</sup>: τίς δὲ βίος, τί δὲ τερπνὸν ἄνευ κλυτῆς παρακοίτιος; («¿qué vida, qué placer hay sin mi ilustre mujer?»), verso que, traducido al inglés de Shakespeare<sup>32</sup>, vendría a decir algo así como: «What joy is joy, if Consuelo be not by?» ¿Qué haría yo, por otra parte, sin mi hija Marta y sin mis nietos? Pero no quiero cansarles más ni perderme en efusiones personales. Vaya mi más calurosa enhorabuena a los nuevos doctores y a todos Vds. mil gracias por su generosa y benevolente atención.

---

<sup>31</sup> Fragg. 1, 1 West.

<sup>32</sup> *The Two Gentlemen of Verona*, 3.1.175.